

# Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas  
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00 »  
 Extranjero . . . 1'50 »

Para aquéllos que diariamente condenan nuestra *santa intransigencia*, llamándonos dogmáticos y enemigos de la libertad de pensar y de obrar; para aquéllos que ridiculizan nuestro puritanismo y afirman que nuestra actitud en el actual momento obedece a un desconocimiento absoluto de las leyes de la evolución de la historia, publicamos este trabajo, original del compañero Ricardo Mella que con el pseudónimo de *Raul* ha sido publicado en *Tribuna Libre*, de Gijón, en su número 9, perteneciente al mes de agosto de 1900.

Todo lo que Mella o *Raul*, que para el caso es lo mismo, sostiene en ese trabajo refutando las ideas de Kropotkin sobre nacionalismo, ideas que lo han inducido a ponerse al lado de los aliados, lo hacemos nuestro, demostrando así que nuestra *santa intransigencia* se basa en las ideas que informan toda la filosofía anarquista.

Ya hacíamos constar, no hace mucho tiempo, que los anarquistas de Cataluña habían formado su criterio oyendo a Lorezo y leyendo a Mella.

Y con *Raul* decimos: *somos anarquistas por oposición al capitalismo, lo somos también, por no estar conformes con el gubernamentalismo y contra toda idea de patria y de nacionalismo, y ninguna simpatía, por muy grande que sea, nos detendrá en nuestra intransigencia.*

Ahora, que se lea y que se juzgue.

## Una opinión y... otra opinión

Todas mis simpatías están con las nacionalidades que luchan por su independencia. No existe nacionalidad, por pequeña que sea — numéricamente hablando — que no encare algunos rasgos del carácter humano mejor desarrollado y con más facilidades de desarrollarse en sí misma que no en convivencia con otras nacionalidades.

Y el desarrollo completo, libre, de sus rasgos característicos, de las instituciones, de las tradiciones de una nacionalidad, lo mismo que el desarrollo completo de su poesía, de su literatura, de su música, de su manera de exteriorizar las impresiones de la Naturaleza, etc., ofrece siempre nuevos elementos que contribuyen a la variedad y a la plenitud del pensamiento y de la acción humanas, elementos necesarios para la humanidad.

He aquí por qué, a mi entender, el progreso no estriba ciertamente en la absorción de las pequeñas nacionalidades por las grandes — y contribuir a ello es un crimen de lesa humanidad — sino en el libre y completo desenvolvimiento del carácter, de las instituciones, de la lengua de cada nacionalidad grande o pequeña — suate todo si es pequeña y se halla en peligro de ser absorbida —. Y sólo cuando esta plena libertad de desenvolvimiento sea conquistada, podremos llegar al verdadero progreso internacional por la federación de las unidades nacionales libres, de los municipios libres, de las agrupaciones libres en estas unidades y de los individuos, en estas células primarias de la verdadera colmena humana. KROPOTKINE.

A propósito del problema austro húngaro, y en vista del proceso incoado contra los nacionalistas serbios, abrió en sus columnas *Le Courier Européen* una información, de la que *La Publicidad*, de Barcelona, reproduce las palabras escritas por Kropotkin que nosotros ponemos en la cabeza de este artículo.

Nos cuesta trabajo creer que así, sin reserva alguna, se pronuncie nuestro compañero en favor de una tendencia que, en general, no reviste aquellos caracteres de universalidad que son la raíz de nuestros ideales, sino que, por el contrario, es la expresión de un particularismo retrógrado o de un sentimentalismo atávico, tan poco simpático como la absorbente centralización a que se opone.

Desde luego estamos resueltamente — ocioso es decirlo — por todas las autonomías. Simpatizamos con cuantos luchan por su independencia, y más aún si lo hacen también por la ajena. Pensamos que el progreso no estriba en la absorción de las pequeñas por las grandes nacionalidades, aún cuando no puede negarse que la formación de éstas ha traído aparejado cierto avance en la generalización de los conocimientos y de las condiciones de la lucha por la emancipación humana. Y no vacilamos en afirmar y reafirmar que el verdadero progreso internacional se obtendrá por la libre federación de los individuos, de los municipios y de las nacionalidades o agrupaciones cualesquiera que se formen, invirtiendo y ampliando, de intento, los términos en que Kropotkin se expresa a este propósito. Todo ello no es más que el resumen somero de la filosofía anarquista.

¿Hay algo más en las palabras de Kropotkin, pues que los catalanistas se ufanan de opinión tan valiosa? Sin duda ninguna. Y este algo es precisamente lo que motiva este artículo.

También tenemos nosotros un poquito de lógica para razonar por cuenta propia y poner sobre aviso a los que no se percaten de que el rigor dialéctico de ciertos principios les llevaría bastante más lejos de lo que quisieran, aun cuando fuesen en la buenisima compañía de Kropotkin.

La autonomía, o si quiere, la independencia de Hungría, de Serbia, de Irlanda, de Cataluña, de cualquier nación, región, comarca o lo que parezca mejor llamarle ¿realizaría algo más que un cambio de poder central, de gobernantes y funcionarios? Cuando se nos conteste afirmativamente y se nos diga el cuándo y el cómo, hablaremos. Por ahora, ateniéndonos a los términos indiscutidos de la cuestión, se trata simplemente de constituir naciones independientes o autónomas, y por tanto, más o menos, con gobierno, funcionarios, etcétera, propios. La autonomía municipal,

de los individuos, queda a merced, en el futuro, de los nuevos amos. La magna cuestión de la propiedad, la emancipación de los jornaleros, ni siquiera se las toca de soslayo. Se trata, pues, de un problema puramente *patriótico*, cuya solución haría efectiva la autonomía o la independencia para una sola clase: la de los capitalistas; nula para el resto del país. ¿Qué puede mover a simpatía, en este caso, los sentimientos y el pensamiento de un Kropotkin? Lejos de nosotros el supuesto de que un revolucionario de la buena cepa se imagine que por semejante camino arribaremos a la emancipación de la humanidad, verdadera meta de sus aspiraciones.

El reconocimiento de la personalidad o nacionalidad de Cataluña, Irlanda, etc., es una cuestión de tradiciones y de historia en cuyo análisis particular no tenemos por qué detenernos. Mucho más que pueda importar el establecimiento definido de esas personalidades históricas, cuyo origen está, juntamente con el de las grandes nacionalidades, en la misma raíz del privilegio, importa formar personalidades autónomas, con o sin rasgos característicos, con o sin idioma, instituciones, poesía y música propias; personalidades plenamente libres para cualesquiera fines, de producción y cambio y consumo, o simplemente artísticos y científicos, o de pura simpatía y afinidad. Y como a esta libertad y a este reconocimiento de las colectividades formadas o a formar, no puede llegarse sino por medio de la libertad individual — *alma mater* de todas las libertades — y, o no hay lógica en el mundo, o la autonomía individual es imposible sin la previa igualdad de condiciones económicas, políticas y sociales, resulta inmediatamente que, pese a nuestras simpatías por las pequeñas nacionalidades rebeldes, ellas no laboran por otra cosa que por un simple cambio de amos, gobernantes y propietarios en una sola pieza.

Por otra parte, bajo el punto de vista político y social, la autonomía e independencia de esas pequeñas nacionalidades históricas supone casi siempre reviviscencias de tradiciones y atavismos que nada tienen de común con el progreso. Y si de otro lado el centralismo ha tratado y trata de borrar con su enorme esponja cuanto había y hay de característico en esas nacionalidades, y contra la violencia y la injusticia y el atropello de un privilegio en pleno desarrollo, se alza violento otro privilegio moribundo ¿qué pueden hacer los hombres de ideas progresivas? ¿Optar por uno de los dos males? Nuestra actitud está siempre definida: es de resuelta rebeldía frente a todos los despotismos.

No es por la historia, por la tradición, por las cualidades y condiciones privativas de cada personalidad como se ha de

establecer el derecho a la autonomía o a la independencia. Colocarse en este terreno es pasarse al enemigo, caer de bruces en el campo del adversario, de los hombres de la tradición, defensores de los privilegios pasados, presentes y futuros en lo político, en lo económico y en lo social.

La autonomía, la libertad de gobernar, mejor, de arreglar sus asuntos por sí mismo, ya se trate de individuos, ya de colectividades, es un derecho natural, primitivo, anterior y superior a toda ley, de tal modo, que cualquier restricción le anula en absoluto. Reducirlo a la existencia de las pequeñas nacionalidades, es suprimir de un plumazo todo el progreso humano y olvidar por completo el problema universal y la emancipación humana.

¿No es de suyo ya un mal grave este resurgimiento de particularismos que traen divididos a los hombres de ideas radicales mientras los elementos reaccionarios se apiñan alrededor de la bandera de la tradición *patriótica*? ¿No está diciendo a voces ello mismo que frente a la tendencia cosmopolita triunfa el patriotismo de campanario?

No somos de los que declaman contra el sentimiento de patria en cuanto es la expresión del cariño a lugares y cosas en que hemos convivido. Nos conmueve profundamente el eco lejano de la canturía de la niñez, la lengua en que balbuceamos las primeras palabras, la música y la poesía en que nuestro espíritu se educó. También repercute allá, muy hondo, el rumor de otras músicas, de otras lenguas, de otros cantares de tierras en que, ya hombres, hemos vivido y gozado y... sufrido. ¿Por qué bañarse apisonado en el estrecho recipiente de piedra, teniendo a nuestro alcance el lago, el río, el anchuroso mar donde van todas las músicas, todas las poesías, todos los armoniosos rumores de la naturaleza y de la vida y también todas sus turbulencias?

Y aún después ¿querremos levantar un estado de derecho sobre movedizos estados de afectos y pasiones, de recuerdos y añoranzas?

Bien está la rebeldía a todas las opresiones; pero mientras el mundo político y el mundo de los intereses luchan por la patria chica y por la patria grande, nosotros queremos luchar por la patria de todos y para todos, por la patria de los millones de asalariados que pueblan todas las patrias dirigidas y explotadas, las grandes y las chicas, por los detentadores y acaparadores de la riqueza; queremos luchar al lado y por la emancipación de esos millones de hombres que carecen de patria porque carecen de pan y de libertad.

Y mientras esas multitudes desposeídas no tengan pan, ni abrigo, ni libertad, será irrisorio hablarles de patria, de poesía, de literatura, de música y de instituciones y caracteres, que no pueden sentir, entender ni gozar, y que si las sintieran, entenderían y gozarían, sería para que entre los hermanos en servidumbre se levantaran nuevas e infranqueables barreras.

Por esto, frente a una opinión todo lo respetable que se quiera, nosotros ratificamos una vez más el amplio sentido de la filosofía anarquista que, si no rife con las particularidades características de las personalidades individuales y colectivas, ni se opone a la libre expansión de todos los modos de comunicación espiritual, sea por la palabra, sea por el pincel, sea por el sonido, ni siquiera niega la posibilidad de todos los métodos imaginables de vida práctica y material, afirma siempre y siempre proclama la universalidad de sus aspiraciones por la emancipación humana y el cosmopolitismo necesario, indispensable a la buena armonía y a la paz entre todos los hombres.

Por oposición al capitalismo, somos anarquistas; lo somos asimismo al gubernamentalismo, expresión de aquél; y también contra el espíritu estrechamente *patriótico*, la afirmación anarquista se levanta poderosa y triunfante. Ninguna simpatía será bastante fuerte para tornarnos u obligarnos a transigir.

## ¡A las mujeres del Proletariado!

Desde hace un año, vuestros hijos, vuestros hermanos, vuestros maridos, matan o son matados por los hijos, los hermanos y los maridos de otras mujeres, hermanas vuestras de miseria.

¿POR QUÉ?

¿Acaso los proletarios de Francia, de Rusia, de Inglaterra, de Italia o de Serbia tienen algún motivo de odio contra los proletarios de Alemania, de Austria-Hungría o de Turquía?

NO, NO.

Atada a la misma argolla, remachada a la misma cadena, humillada bajo el mismo yugo, triturada por idéntica explotación, la clase obrera tiene por patrimonio en todos los países, el gastar su vida para el mantenimiento en el lujo y la holganza de una minoría de parásitos.

No satisfecha de acaparar las riquezas nacionales, esta minoría o clase capitalista busca el acaparamiento de las riquezas del mundo. De aquí las competencias, las rivalidades entre las clases capitalistas de los diversos países y de ellas los consiguientes conflictos armados: La guerra. ¡La guerra!... ¡el mayor desastre, el crimen de los crímenes!

Así, después de gastarse y morir uno a uno los trabajadores en fábricas malsanas, es preciso que su sangre se vierta a torrentes y mueran en masa para que la burguesía pueda extender el campo de su explotación y aumentar el número de sus esclavos.

¿Pensáis que esto es conforme a la sana razón y al sentimiento instintivo de justicia de vuestra conciencia de productores?

¿Pensáis que la guerra actual, desencadenada, preparada y querida por las clases burguesas y gobernantes DE TODOS LOS PAISES, es del interés de las masas obreras a que pertenecéis, y que debe continuar?

¿Sí?... Pues rogad, gemid, llorad, pasivas y resignadas.

Si por el contrario pensáis que ya se ha derramado bastante sangre, DECIDLO, DECIDLO BIEN ALTO.

Durante la gran Revolución, las mujeres de París fueron a Versalles, invadieron la Asamblea nacional y el palacio real, gritando: «¡Pan, pan!»

Si viviésemos en esta época heroica, que los hijos de la burguesía en descomposición tienen el cinismo de evocar, invadiríamos el Palacio-Bourbon y el Luxemburgo al grito de: «¡PAZ, PAZI!», mientras las mujeres de los países beligerantes hiciesen la misma manifestación. (Las mujeres de Berlín han manifestado ya dos veces delante del Reichstag (cámara de diputados). Las mujeres de Petesbourg también lo han hecho contra la guerra y la carestía de la vida).

Si no somos capaces del heroísmo de nuestras abuelas, tengamos al menos el valor de decir *sin rodeos* nuestro pensamiento, de oponer a los que preconizan la guerra hasta el fin, a los que desatan el odio de los pueblos, nuestra acción en favor de la paz y de la fraternidad obrera.

Y puesto que en todos los países, voces femeninas se levantan, que un movimiento contra la guerra ha empezado, que las mujeres de la clase trabajadora de Francia no sean las últimas en comprometerse resueltamente en la acción.

## ¡MUJERES DEL PROLETARIADO!

Juntaos a las mujeres socialistas que, unidas ya por su fidelidad a los principios y a las decisiones de la Internacional Obrera, lo son ahora por sus declaraciones comunes, por su voluntad de acción unánime, por su confianza mutua afirmada y su fraternidad inalterable.

Agrupaos bajo la bandera de la paz del socialismo que, levantada por manos viriles flota por encima de la matanza europea, y delante de ella deben palidecer y desaparecer los colores de los estandartes de guerra de todos los países.

Juntaos a vuestras hermanas de los países beligerantes y neutrales y, nuevas Sa-

binas, detened el más grande desastre que han conocido los siglos.

¡EN PIE Y ADELANTE! al grito mil veces repetido:

¡VIVA LA PAZ! ¡VIVA LA INTERNACIONAL OBRERA!

Comité de Acción femenina socialista por la Paz contra la exaltación patriótica.

## ¡Qué dolor!

Si deseando sustraerse a la locura general predominante, tratase de buscar en el pensamiento de los sabios algo que domine las pasiones brutales desarrolladas con motivo del conflicto europeo, para orientarse en sentido altamente humano y altruista, se sufre una decepción por demás dolorosa.

¡Qué vergüenza y qué dolor produce esa prosa lanzada a los cuatro puntos cardinales por los paladines y heraldos del pensamiento, por los que en la soledad y apartamiento de la barahunda humana, luchan para intensificar los conocimientos humanos!

¡Qué sufrimiento moral tan grandioso, ver como los hombres más inteligentes, más sabios, los que por su preclara inteligencia, estudios superiores, facilidad de asimilación y exposición de ideas debieran ser los faros de un porvenir halagüeño y altruista, bajan del pedestal de su reconocida superioridad intelectual, para mezclarse en el vendaval de las bajas pasiones y convertirse en seres, no solamente iguales al más bajo truhán, sino en mucho a él inferiores, empleando un lenguaje a veces soez, a veces impúdico, en defensa de tal o cual beligerante!

¿Cuál es, pues, y en qué depende vuestra superioridad intelectual? ¡Ah! Difícil es adivinarlo. El adjetivo de sabios que tan indebidamente os otorgábamos, no era otra cosa que la máscara de hipócritas con la que os encubría la ignorancia de los de abajo y el orgullo y fatuidad de los de arriba. Eso es todo.

El químico, el médico, el filósofo, el naturalista, como el pintor, el músico y el literato, que abandonan sus gabinetes de estudio, no para buscar en el reposo un descanso que les permita recuperar sus perdidas fuerzas, con el fin de volver a empezar su difícil tarea, de mitigar en parte los dolores humanos, sino para lanzarse unos a otros vituperios dignos de verduleras de mercados; no son, no pueden ser aquellos raros ejemplares de la pobre raza humana que, como discos luminosos proyectando su luz hacia el obscuro horizonte de la vida, buscan el deseado maná, el néctar delicioso, que haciendo olvidar por un momento las amarguras de esta larga y negra perspectiva, endulcen los cortos instantes de nuestro paso por la tierra.

No, no hay diferencia. No podemos ni debemos acataros respeto. Vuestra superior cultura no hace más que, en apariencia, esconder el esquema de bestia humana que en vuestro fondo perdura. Adolecéis, como los más ignorantes de nosotros, de la cultura verdad, de esa que imponiéndose a los restos atávicos y hereditarios, hace del hombre actual el antipoda de su progenitor. Sois autómatas productores, obreros intelectuales de una profesión más o menos liberal, especialistas de una rama científica en la cual habéis llegado a gran altura, como el herrero, albañil o agricultor, que por una más fácil comprensión de su oficio o profesión, llegan a ser los más hábiles ejecutores siempre, creadores de nuevas formas, muchas veces. Pero por lo demás, vuestra tan llevada y traída superioridad, por esta vez ha quedado reducida, como en cualquier problema matemático, a cero.

En esta épica epopeya de bajos y mezquinos intereses; en este proceloso mar, do los más egoístas latrocinios guían el pensamiento de las partidas embarradas en el juego. Vosotros, con vuestra austera palabra, pudierais haber sido el freno contensivo de las exaltadas pasiones; no lo habéis hecho, no habéis podido sustraeros

RAUL